

honor de Dios! ¡Ojalá que los acentos de mi reconocimiento llegasen a alegrar a toda la corte del cielo! Ya veo, Jesús mío, que soy indigno de alabaros. Lo único que ambiciona mi alma es que por mí os alaben los cielos con sus planetas, sus estrellas, su luz y sus esplendores; que por mí os alabe la tierra con toda la hermosura de sus rocas y con la riqueza de todas sus flores.

Si tuviese los pensamientos y los deseos de las almas puras y santas, con qué entusiasmo ioh Sabiduría eterna!, ioh Jesús mío! con qué ardor no glorificaría vuestro nombre santo.

Cuando acomete a mi corazón el pensamiento y el ímpetu de alabaros, languidezco de amor y de ventura; y en mi embriaguez de amor, pierdo el uso de la palabra, pues comprendo que Vuestra Majestad soberana está muy por encima de toda alabanza. Y para suplir lo que a mí falta me dirijo a las criaturas más hermosas del cielo, a los espíritus más puros y sublimados del Paraíso, y me encuentro con que la misma eternidad es demasiado breve para que en ella pueda debidamente celebrarse vuestra grandeza.

El orden admirable del universo, el espacio con sus inmensidades, los bosques, las campiñas, los montes y los valles, regalan mis oídos con el concierto magnífico que forman en vuestro honor. Oigo cómo todas las beldades del cielo y de la tierra dicen sin cesar: «¡Cuán digno de amor y de adoración es el Señor que nos ha creado! Amale, adórale, porque El es la fuente de toda hermosura. Y si este Dios tan magnífico, tan hermoso, tan sublime, se une a tu alma como el objeto de sus amores, ¿cómo podrás no morir de amor?

¡Oh Jesús mío! ¡Sabiduría Eterna! Consoladme, y enseñadme lo que he de hacer.

* * *

B) Las alabanzas más aceptas a Dios

Sabiduría.— ¿Qué es lo que deseas?, ¿aprender a alabar me dignamente?

Discíp.— ¿Por qué me preguntáis, Señor? Conocéis perfectamente los corazones, y sabéis bien que el mío arde en un deseo único, el deseo de alabaros y bendeciros, el deseo que me ha obsesionado desde los días de mi infancia.

Sabid.— Para alabar me se necesita mucha rectitud, mucha justicia y mucha santidad.

Discíp.— ¡Oh Jesús dulcísimo! Mi justicia y mi santidad no están en mí, sino en vuestra misericordia infinita. Estoy muy convencido de mi indignidad y de mi vileza, y confieso que mejor estaría en mí llorar mis pecados ante vuestro acatamiento, que no celebrar vuestras alabanzas. ¡Señor!, que vuestra Bondad infinita no desdeñe a este pobre gusanillo de la tierra y me ayude a satisfacer mis deseos. También los ángeles y los querubines os alaban sin cesar, y ni ellos podrían sin vuestro auxilio más de lo que puede la menor de las criaturas.

Vos ninguna necesidad tenéis de nuestras alabanzas, pero no hay cosa que tan bien cuadre a vuestra Bondad infinita, como dar benévolamente acogida a los desgraciados, y el dejaros alabar aún por los indignos.

Sabid.— No hay criatura que pueda dignamente alabar me; y sin embargo, todos los seres, pequeños y grandes, están obligados a alabar a su criador, cada uno a su manera.

Cuanto más unido estoy a una alma, tanto más merezco sus alabanzas; y las que me son más gratas, son las alabanzas que se parecen a las que me tributan los moradores del cielo. Son alabanzas desprendidas de las nubes de la tierra, brotadas de corazones unidos a mí por una piedad verdadera y un sincero amor.

Más me complacen las alabanzas de la meditación, de un oculto desahogo del corazón, que todos los cánticos que puedan salir de bocas y labios humanos... Una alma que se concentra en sí misma, que no desea ser amada ni conocida de nadie, que se considera la más vil criatura del mundo, que se goza de ser tan pequeña, me encanta más que todos los conciertos y armonías imaginables. Este lenguaje, el de la humildad, dirígí yo al Padre cuando estuve pendiente de la Cruz, desfigurado, ultrajado, escarnecido, y agobiado por las congojas de la muerte.

Me repugnan las alabanzas que no salen del corazón, y no admito las que se me dirigen en el tiempo de la prosperidad, y enmudecen en el tiempo de la desgracia. La alabanza verdadera y sincera que sube hacia mí como incienso aromático, es la que incluye a un mismo tiempo los afectos del corazón, las palabras y los actos; y esto lo mismo en la adversidad que en la alegría. Porque el que en el tiempo de la adversidad me bendice, da a entender que me ama de verdad, más que a sí mismo. Esta es para mí la más perfecta de las alabanzas.

Discíp.— ¡Jesús misericordiosísimo!: Yo no suelo pedirlos cruces y aflicciones; al contrario, suelo evitarlas. Pero ahora, contando con vuestra misericordia, me pongo en vuestras manos con toda la sinceridad de mi corazón, y me ofrezco para ser el instrumento de vuestras eternas alabanzas. Ya sé que la renuncia total y perfecta de mí mismo no puedo hacerla con todas mis fuerzas, y que de Vos ha de venirme. Si os agrada, pues, que sea despreciado por todos los hombres, injuriado, que me escupan en la cara, que me atormenten hasta morir; con vuestro auxilio, todo esto sufriré gustoso para mayor gloria de vuestro nombre, si es que soy inocente; y si soy culpable, aceptaré todos estos tormentos para satisfacer a vuestra justicia, la que preferiré siempre a mi honor y reputación.

Hágase en mí lo que vuestra misericordia disponga;

que yo, como el buen ladrón, me volveré a Vos y os diré: «Señor, la verdad es que yo bien merecido tengo lo que padezco mas Vos, ¿qué mal habéis hecho? Acordaos de mi, Señor, en cuanto hayáis llegado a vuestro Reino». Si mi muerte puede ser de algún provecho en estos momentos, por mí que no se retarde un instante más; porque sólo deseo que los años y los meses, y las semanas, y los días, y las horas y los minutos todos de mi vida sean para celebrar vuestras glorias, como son celebradas en los esplendores de los santos: y esto no una vez, cien veces, mil veces, sino tantas como son las estrellas del cielo, o como son los átomos que se perciben en los rayos del sol.

Esto es lo que yo querría hacer, si Dios me diese la longevidad de los antiguos patriarcas; y lo mismo si después de mi muerte tuviera que estar cincuenta años entre las llamas del Purgatorio, me sería de gran contento el honraros y alabaros con todos y cada uno de mis tormentos. Me postraría en tierra, y os diría: Bendito sea el fuego del Purgatorio, que realiza en mí vuestra gloria.

Cierto, Señor: no ambiciono nada para mí. Sólo deseo, quiero y procuro cumplir vuestra voluntad; de tal modo, que si tuviera que ir al infierno, por vuestra gloria sufriría gustoso los tormentos eternos, y si me viera del todo privado de la visión de los bienaventurados no me quejaría con tal que con mis dolores pudiera expiar todos los pecados del mundo y todas las injurias que se os han inferido, y juntamente adorar y glorificar a vuestra bondad infinita y a vuestra majestad soberana. Así vuestras alabanzas brotarían hasta del abismo, y de mi pobre corazón atormentado, y resonarían en los infiernos, en la tierra, en los aires; y subirían hasta Vos, hasta las alturas de vuestra gloria. Mas, ¿quién habrá que en el infierno os bendiga?

Haced de mí, Jesús mío cuanto vuestra gloria exija: yo continuaré bendiciéndoos hasta mi último suspiro y aun

cuando la muerte apague mi voz, quiero y deseo que los movimientos de mi cuerpo, de mis manos, que los latidos de mi corazón os bendigan, que en mi último momento todo mi ser os diga todavía y para siempre: Santo, santo, santo; *sanctus, sanctus sanctus*. Cuando mis carnes estén reducidas a polvo, quiero que todas las partecitas de él canten vuestras alabanzas, que sean transportadas a los desiertos, a los espacios, hasta vuestra presencia..., y que no se cansen en su movimiento ni en su canto hasta el fin de los tiempos.

Sabid.— Persevera en estos santos deseos de mi alabanza, porque tu celo es muy agradable. Haz que tu boca me bendiga para así enfervorizar tu corazón. Comienza ya en esta vida los cánticos de gloria que has de continuar cantando en la eternidad.

* * *

C) Las alabanzas continuas

Discip.— Lo deseo tan de veras, Señor, que no quiero vivir un solo momento sin alabaros. Ya sabéis cuántas veces me quejo de la brevedad de las noches, y digo al cielo: ¿Por qué aceleras tu curso?: detente un poco y prolonga la obscuridad de la noche para que pueda satisfacerme y alabar todavía más a mi dulcísimo Salvador. Y cuando me distraigo de vuestras alabanzas y luego vuelvo en mí, me parece que hace siglos que no he bendecido a mi Jesús. ¡Bendícele sin cesar, pobre corazón mío! Y, Vos, Sabiduría Eterna, enseñadle a que así lo haga, siempre, siempre, sin interrupción.

Sabid.— El que evita el pecado y practica la virtud, ese es el que incesantemente me alaba. Pero ya que tú quieres practicar una alabanza aún más perfecta, has de saber que toda alma pura y absorta e el pensamiento de las co-

sas del cielo, limpia de toda mancha, libre de todo deseo, elevada sobre las cosas terrenales, y que encuentra en mi divinidad una paz tan grande que no piensa sino en permanecer unida a mí, esta alma me alaba siempre, porque sus sentidos están como deslumbrados por la luz que la envuelve, y su forma terrena está revestida de la naturaleza espiritual de los ángeles. Cualquier obra que haga interior o exterior, ya sea que medite, que ore, que trabaje, que coma, que duerma, que vele, la menor de sus acciones es una alabanza pura y agradable a Dios.

Discíp.— ¡Con qué sencillez me enseñáis, Señor, a alabaros de una manera perfecta! Decidme cuál ha de ser la ocasión la materia de mis bendiciones y alabanzas.

Sabid.— ¡Por ventura no soy yo la fuente de todo bien, y no pende de mí la felicidad de toda criatura?

Discíp.— Pero mi inteligencia, Señor, no llega a vuestra bondad. Celébranla los cedros del Líbano, los espíritus angélicos; pero yo, que comparado con ellos no soy sino un ser vil y miserable, yo no puedo alabar a la fuente de todo bien, y adorar vuestra esencia infinita como debe ser adorada.

Para satisfacer el deseo que tengo de hacerlo, me contentaré con recordar a los ángeles su dignidad y las excelencias de su naturaleza, porque cuanto más ensalzados se vean en la gloria, tanto más obligados se verán a celebrar a vuestra soberana Majestad con magníficas alabanzas. Para ellos yo seré algo así como el pájaro chillón que provoca al ruiseñor a prorrumpir en sus gorjeos sublimes.

Me recogeré en mi mismo, meditaré los beneficios que habéis concedido a mi alma, y os bendeciré y os daré gracias fervorosas. Cuando pienso bien los muchos males y peligros de que nos habéis librado, me quedo admirado, y no sé por qué no me deshago en muestras de gratitud. ¡Oh Señor, con cuánta paciencia me habéis esperado, y qué bueno habéis sido al recibirme, y qué amoroso os habéis

mostrado en vuestros llamamientos interiores, y qué tier-
no en atraerme y unirme a Vos, a pesar de mi resistencia
y de mis ingratitudes! ¿Cómo no bendeciros con toda mi
alma, pues tantos son los beneficios que de Vos tengo re-
cibidos?

Sí, Señor: deseo alabaros como los ángeles, cuando
después de la caída de los rebeldes se vieron confirmados
en gracia como las almas del Purgatorio en el momento
de su libertad, cuando entran en el cielo y empiezan a go-
zar de vuestra presencia. Para bendeciros quisiera dispo-
ner de todos los cánticos que los elegidos de la celestial
Jerusalén os cantarán hasta el día del juicio, en que se les
separará de los réprobos, y se sentirán definitivamente se-
guros en su eternidad bienaventurada.

Pero deseo que me digáis, Señor, cómo he de ordenar
a vuestra gloria los actos de la naturaleza buenos o indife-
rentes.

* * *

D) La santificación de todos los actos

Sabid.— En esta vida mortal, el hombre no puede dis-
tinguir entre la naturaleza y la gracia, y por esto lo que
debe hacer en el momento en que se siente en su cuerpo o
en su alma algún deseo algún placer, alguna satisfacción,
es recogerse dentro de sí mismo y encaminarlos a Dios
para que él los purifique y los ordene a su gloria. El los
transformará, pues es el Señor de la naturaleza y de la
gracia: y de este modo las obras de la naturaleza se elevan
sobre sí mismas y se convierten en obras de gracias.

Discíp.— Lo que a mí me aflige y me distrae de vues-
tras alabanzas son las sugerencias del diablo, las tentacio-
nes de impiedad, de blasfemia, de infidelidad, los malos

pensamientos que él trae a mi alma, Enseñadme cómo he de valerme de todo esto para alabaros.

Sabid.— Volviéndote a Dios en todas las tentaciones del enemigo, y diciéndole: Señor, siempre que me tienten los espíritus malos, quiero alabaros como ellos os hubieran alabado si hubieran perseverado en el bien, y recomendaros de este modo de los honores de que os privó su caída.

Discíp.— Verdaderamente, Señor, que todo aprovecha para los que os aman, pues hasta las tentaciones del demonio les sirven para ayudarles a bendeciros y alabaros. ¿Qué alabanzas, pues, os daremos por toda la hermosura y magnificencia de que el mundo está lleno?

Sabid.— Cuando observes la vida de aquí abajo, la actividad de las grandes ciudades, la fortaleza y hermosura del hombre, la belleza y encantos de la mujer, levanta a Dios tus pensamientos, y dile con todo tu corazón: ¡Oh, Jesús mío!: salúdeos y bendígaos por mí la multitud incalculable de hermosísimos ángeles que os rodean y os sirven; glorifiquen a vuestra Majestad por mí los deseos y afectos amorosos de los santos, y la armonía sublime de las criaturas que llenan el universo.

Discíp.— ¡Oh, infinita Sabiduría!: me llenáis de gozo, me estáis dilatando el corazón, enseñándome de este modo a alabaros. ¿Cuándo se terminará este destierro?: ¿cuándo os cantaré, en compañía de los santos, aquellos cánticos de perfección cuyo embeleso y cuya continuación nadie puede estorbar?

Es un ansia devoradora, Jesús mío: porque, ¿cómo he de aspirar a Vos, que sois la única alegría de mi corazón? ¿Hay algún hombre amante en el mundo que no haga todos los esfuerzos posibles por llegar a poseer el objeto de su amor?

Ya sabéis, Jesús mío, que en vuestras manos me he abandonado. Mi alma no ama sino a Vos, ni busca, ni

quiere sino a Vos: y cuando no os encuentra tiene por necesidad que llorar y que padecer.

Sabid.— Entra, pues, en el jardín de mis alabanzas, para que en él te consuelas. El alabarme siempre con alegría y paz en el corazón es el preludio, un adelanto de la eterna ventura.

Nada como mis alabanzas para iluminar las inteligencias, suavizar las cruces, vencer a los espíritus malos, ahuyentar la tristeza y el hastío, tranquilizar y hermosear a las almas.

Si tú me alabas con tus palabras, tus cánticos, tus inspiraciones, tus meditaciones y tus obras, conseguirás el perdón de tus pecados, te enriquecerás con mis gracias, edificarás a tus prójimos, consolarás a las almas del Purgatorio, gozarás de la compañía de los ángeles, me serás a mí muy querido, y luego tendrás una muerte tan santa y tan dichosa como lo haya sido tu vida.

Discíp.— ¡Sea mi corazón una llama ardorosa que se consuma en vuestras alabanzas, que se una al amor de todos los santos, de todos los serafines del cielo y a la caridad infinita que el Padre siente por Vos, su Hijo único y amadísimo...!

CAPITULO XXIX

Dios es una esencia simplicísima

Discípulo.— Ahora, Sabiduría eterna, tenéis que enseñar a vuestro discípulo cómo debe resignarse en manos de Dios y descansar en El. Os suplico me digáis cómo podré conseguir esto.

Sabiduría.— Cualquier alma puede volver a su origen

que es Dios, si comprende la unidad del mismo; es decir, que Dios es el primer principio de todo lo que es, y que es una esencia incomprensible, y sin nombre, toda vez que lo que no puede comprenderse no puede nombrarse adecuadamente. Y así todo lo que la inteligencia humana atribuye a Dios y afirma de El, es nada. Solamente la negación puede definirle, porque Dios no es ninguna de sus criaturas, sino una esencia infinita, impenetrable, superior a todo lo creado; un espíritu que posee la plenitud del ser, que es en sí y por sí el principio y fin de todas las cosas.

Aquí en este océano es donde empiezan y donde acaban los hombres justos y resignados en Dios. Olvidanese de sí mismos, y se pierden en Dios por medio de un abandono sobrenatural y perfecto.

Discíp.— Siendo Dios una esencia simple, ¿cómo es que le damos los nombres de Sabiduría, Justicia, Misericordia...? ¿Cómo se compagina esta multiplicidad de nombres con la absoluta unidad de su esencia?

Sabid.— Esta multitud de atributos o nombres aplicados al ser divino son una unidad perfecta.

Discíp.— ¿Qué es el ser divino?

Sabid.— Es la fuente de donde salen todas las emanaciones divinas y todas las comunicaciones de lo alto.

Discíp.— ¿Cuál es esta fuente, Señor?

Sabid.— La facultad y poder omnipotente.

Discíp.— ¿Y qué es esta facultad o poder?

Sabid.— La misma naturaleza divina, en la cual el Padre es el principio del ser, de la generación y de la operación.

Discíp.— ¿No son una misma cosa Dios y la Divinidad?

Sabid.— Sí, la misma; pero la Divinidad no engendra ni obra, sino que quien engendra y obra es Dios y de aquí proviene la diversidad de personas que la inteligencia hu-

mano distingue de la esencia divina, si bien en sí son una misma cosa, puesto caso que en la naturaleza divina no hay más que una esencia. Las relaciones de las personas, por otra parte, nada añaden a esta esencia, si bien es cierto que se distinguen entre sí.

La naturaleza divina no es más simple en sí misma que en el Padre o en el Hijo o en el Espíritu Santo.

La imaginación engendra en la contemplación de este misterio, porque hay que conocerlo a la manera de las cosas creadas.

Discíp.— ¡Oh, qué simplicidad más incomprensible! Decidme, eterna Sabiduría ¿qué eran en Dios las cosas antes de que fueran creadas?

Sabid.— Estaban en Dios como en un ejemplar o modelo eterno.

Discíp.— ¿Y qué es este ejemplar eterno?

Sabid.— Es la misma esencia de Dios en cuanto se comunica y se da a conocer a las criaturas.

En la idea eterna, las cosas creadas no son distintas de Dios, sino que participan de su esencia, su vida, su poder; son Dios en Dios, se confunden con Dios, y no son inferiores a El.

Pero desde que salen de Dios por la creación, tienen ya una forma, una substancia, una esencia particular y distinta de Dios: y de este modo, en su origen de Dios son Dios por parte del principio de donde proceden, y en cuanto criaturas tienen a Dios por Creador.

Discíp.— ¿Es más noble y más elevada la esencia de la criatura en Dios que en sí misma?

Sabid.— La esencia de la criatura en Dios, no es criatura. La creación para las cosas es más útil que la esencia que tenían en Dios, porque la criatura no se confunde eternamente con Dios, sino que por medio de la creación Dios ordena divinamente todas las cosas creadas; ellas penden naturalmente de su principio, y como proceden de Dios, a Dios vuelven.

Discíp.— Pues entonces, ¿de dónde proviene el pecado, la maldad, el infierno, el Purgatorio, los demonios, si es cierto que toda criatura de Dios procede y a Dios vuelve?

Sabid.— Las criaturas inteligentes y libres también deben volver a su principio, que es Dios; pero muchas no lo hacen, sino que se paran en sí mismas por un acto voluntario de orgullo y de locura. De aquí los demonios, el infierno y toda maldad.

CAPITULO XXX

El hombre debe volver a Dios

Discípulo.— ¿Qué ha de hacer el hombre para volver a Dios y recobrar la felicidad perdida?

Sabiduría.— Pues ir por Jesucristo, que es verdadero Dios y verdadero hombre, el cual, por su incomprendible dignidad y por los méritos de su Pasión y de su muerte, es el apoyo principal y único de los méritos de los santos, y se ha constituido Cabeza de la Iglesia.

Todos los que quieran volver a Dios y hacerse hijos del Eterno Padre, han de abandonarse a sí mismos y convertirse a Jesucristo de corazón, para así conseguir la unión beatífica de la gloria.

Discíp.— Y ¿en qué consiste esta conversión perfecta a Dios por medio de Jesucristo?

Sabid.— Atiende cuidadosamente a lo que te diré. El hombre debía vivir en su centro, que es Dios. De este centro salió por excesivo amor que se tuvo a sí mismo y a las criaturas, y de este modo usurpó un derecho del Creador. Luego se apartó de Dios sin saber lo que se hacía, y se dio criminalmente a las criaturas.

Según esto, para volver a Dios lo que debe hacer es:

1.º Convencerse de la bajeza de su ser, el cual, separado de la omnipotencia de Dios es verdaderamente nada.

2.º Pensar que Dios fue el que creó y conserva su naturaleza, y que él no ha hecho sino mancharla de pecados; y que antes de volverla a Dios tiene que limpiarla de nuevo y purificarla.

3.º Rehacerse por un odio generoso a sí mismo, desprenderse de la multitud de amores terrenos que ocupan su corazón, renunciarse por completo a sí mismo y abandonarse a la voluntad de Dios en todo, lo mismo en las alegrías que en los sufrimientos, lo mismo e el trabajo que en el descanso.

Y mira que esta renuncia debe ser perpetua, para no apartarse más de Dios, y para estar siempre con el espíritu unido a Jesús, de tal modo que por El y según El juzgue y haga todas las cosas, y pueda exclamar con San Pablo: *Vivo, pero no soy yo quien vive, sino que es Cristo el que vive en mí.*

Esto es lo que significa el abandonarse en Dios. Déjate pues, a ti mismo, no para destruir o aniquilar la naturaleza, sino para desapropiarte de ella y despreciarte por amor de Dios. Así es como podrás ser feliz.

Discíp.— ¿Por qué seré feliz Señor, haciendo esto?

Sabid.— Porque disfrutarás de las delicias del Paraíso, y a la vez gozarás, no en la realidad pero sí por una semejanza, la felicidad suprema de los santos que de tal modo están absortos en Dios que no piensan ni se acuerdan nunca de sí mismos.

Discíp.— Y ¿cómo están los santos en el cielo?

Sabid.— Viven en un arroabamiento divino e inefable. Así como uno que está embriagado no es dueño de sí mismo, los bienaventurados se entregan a Dios tan en absoluto, que tampoco son dueños de sí mismos, ni pueden recobrarse. Viven siempre con Dios transformados en él

para siempre, lo mismo que se transforma y pierde su sabor y su color una gota de vino arrojada a la inmensidad del océano.

Discíp.— ¿Los santos, según eso, pierden su propia naturaleza y su esencia?

Sabid.— No es eso; sino que no sienten deseo alguno humano, pierden por completo el uso de su voluntad abismándose en la voluntad divina, y no pueden querer más que lo que Dios quiere.

Su naturaleza y su esencia permanecen las mismas, pero adquieren otra forma, otra gloria, otro poder, por estar unidos con la esencia divina y hechos una cosa con ella, no por naturaleza sino por gracia. Una luz inefable y una fuerza irresistible les hace querer siempre lo que Dios quiere.

Estos dones del cielo se conceden a todos los bienaventurados en premio de la renuncia absoluta que de sí mismo hicieron, y de su total abandono en Dios.

Discíp.— ¡Ay, Jesús mío!: este abandono es más para admirarse que para ser imitado. ¿Quién hay que en esta vida se olvide de sí, y esté del todo indiferente a la prosperidad o a la desgracia?

En esta vida mortal es difícilísimo el amar a Dios con toda pureza sin sentir las propias inclinaciones y prescindiendo siempre de la propia voluntad.

Sabid.— Yo no te llamo al abandono de los santos, puesto que tú ni entenderlo puedes, porque te lo impiden las necesidades e imperfecciones de la naturaleza. Pero al menos, aprende el abandono de mis fieles servidores, que es una semejanza e imitación del de los santos del paraíso.

Entre mis escogidos hay almas piadosas que viven completamente olvidadas del mundo y de sí mismas, y que tienen una virtud estable, inmutable, y como si dijéramos, eterna como Dios. Estas almas, por medio de la

gracia, se han transformado en la imagen y en la unidad de su principio, y así como Dios no puede hacer nada que no sea para su propia gloria, así ellas no piensan más que en Dios, ni aman, ni quieren más que a Dios y su santa voluntad.

Este estado de propia anegación y de unión con Dios se perfecciona en el cielo mas aquí en la tierra se encuentra solamente entre algunos de mis más fervorosos siervos, y esto en grados diferentes según que se les comuniquen más o menos los tesoros de mi gracia.

CAPITULO XXXI

La verdadera renuncia de sí mismo

Discípulo.— Mostradme, Sabiduría Eterna, cómo padecen y cómo mueren esos vuestros siervos que ya en la tierra se abandonan perfectamente en Vos. Yo me pienso que llevan una vida muy pura, que guardan los consejos evangélicos, y que aspiran siempre a lo más perfecto.

Sabiduría.— Es de todo punto imposible abandonarse en Dios sin observar perfectamente la ley y sin una grandísima pureza de corazón. Porque el alma que se ama a sí misma y que ama a las criaturas, ni tiene la pureza de mi amor ni podrá nunca renunciar a su voluntad propia.

Mis siervos viven siempre con gran perfección sin apego a si propios, ni en las cosas exteriores ni en las interiores, libres en su cuerpo y en su espíritu de toda propiedad. En las tentaciones son tan valientes y decididos que desprecian los sufrimientos y los reputan por nada. Están siempre dispuestos a la muerte, y no sólo la reciben resignados cuando Dios se la envía, sino que la quieren,

la desean más que todos los tesoros de la tierra, y no quisiieran por nada de este mundo salirse por un solo instante de lo que les diga mi voluntad.

Discíp.— Y para esta vida de perfecta abnegación, ¿qué es preferible, la contemplación o la acción?

Sabid.— Las dos cosas deben ir juntas... ¿De qué serviría el investigar qué es la virtud, qué es la unión, la renuncia de sí mismo, si por otra parte no se combate a la naturaleza ni se la libra del pecado domando sus pasiones si no se pone en práctica la virtud misma? En ese caso, quien más estudia es quien más pierde, porque el hombre se paga de su ciencia, no vela sobre sí, y llega a usar de una libertad que es muy encantadora pero también muy engañosas.

Discíp.— Eso es un abuso de la ciencia, y no hay por qué extrañarse si muchos sabios se pierden. De lo que no se puede abusar es de la vida austera y de los rigores de la santa penitencia.

Sabid.— Es verdad; pero con tal que lo exterior corresponda a lo interior, pues ya sabes que personas exteriormente muy mortificadas, no llegan a abandonarse en manos de Dios.

Discíp.— ¿No es ya el sufrimiento una imitación de Jesucristo y de su Cruz?

Sabid.— Sería mejor decir, una apariencia de imitación. Estas personas no quieren de verdad conformarse con la vida de Jesucristo, que fue la misma dulzura y la misma humildad, pues que ellas zahieren y juzga al prójimo con mucha facilidad, desprecian y aun condenan a cuantos no viven como ellas y si quieres conocerlas de una vez, no tienes más que herirlas en la voluntad o en su reputación, y verás como están llenas de orgullo y viven en una perpetua intranquilidad.

Me parece que está bien claro el que estas almas no han llegado aún a la renuncia de sí mismas, como Cristo

la enseña, ni se han abandonado jamás de verdad en las manos de Dios, ni han muerto a sí mismas y a sus propios deseos. Bajo las apariencias de una vida austera conservan vivas las pasiones, fomentan y procuran siempre su voluntad propia.

CAPITULO XXXII

La unión del alma con Dios¹

Discípulo.— ¿Pues de dónde les viene a los escogidos su renuncia exterior e interior en Dios, y el unirse a El en una unidad perfecta?

Sabiduría.— De la generación y de la filiación de Dios, porque todos mis verdaderos siervos son hijos de Dios; pues ya dijo San Juan: *Se ha concedido el poder ser hijos de Dios a todos los que de Dios han nacido.* Además, por la gracia participan de la naturaleza y de la acción de Dios, pues el Padre produce hijos semejantes a sí.

El alma justa que se abandona en Dios para unirse con El, que es eterno, triunfa del tiempo y posee una vida bienaventurada que la transforma en Dios.

Discip.— Pero no entiendo cómo tantas criaturas, dis-

(1) En el curso de estos dos capítulos terminales, podrán observarse frases como estas: El alma se une a Dios, se transforma en Dios, se pierde en Dios, no se distingue de Dios, etc... Su sentido queda perfectamente explicado por estas otras que abundan todavía más: El alma no se confunde eternamente con Dios; participa de la naturaleza y de la acción de Dios media un abismo entre el alma y Dios el alma conoce que es criatura; no pierde su esencia, ni su naturaleza, ni sus facultades no pierde el entendimiento y la voluntad sino que las ejercita bajo el influjo y la acción de Dios; el alma tiene la perfecta libertad de no querer más que a Dios, es decir, querer siempre el bien y nunca el mal, etc., etc... (Nota del traductor).

tintas todas, pueden tener en Dios una sola existencia. Siempre media un abismo infinito entre el alma justa y Dios, entre la criatura y el Creador.

Sabid.— Hijo mío; tú razonas según los sentidos; pero si quieres llegar a conocer la verdad, por conocimiento natural, nunca lograrás entender lo que me preguntas; porque la verdad divina se conoce mejor sin estudiarla que estudiándola.

En Dios son una misma cosa el tiempo y la eternidad; y no hay diversidad entre el ser temporal de las cosas en sí mismas y la esencia de Dios. Elévate sobre los sentidos, y comprenderás todo esto.

El discípulo, entonces sufrió un rapto, y durante doce semanas estuvo privado de uso de los sentidos exteriores. No sabía si estaba en el mundo o fuera de él, porque mientras esta visión le duró, no sentía ni entendía más que un Dios único y simple, sin poder distinguir la multitud y variedad de las criaturas. Cuando la visión hubo terminado, le dijo la divina Sabiduría

Sabid.— ¿Qué te ha sucedido, amigo mío?; ¿dónde estás y qué has visto?; ¿no te había dicho yo la verdad?

Discíp.— Sí, Señor. Pero la verdad es que nunca hubiera entendido esto si no lo hubiese experimentado. Ahora me parece que ya sé hacia dónde tiende y hasta dónde llega la vida de un alma que se ha abandonado totalmente en vuestras manos. Los sentidos nos dan a conocer muchas cosas distintas, pero el espíritu las ve en Dios sin ninguna diferencia.

Sabid.— Es muy cierto, porque el alma puede llegar, por medio de la total renuncia de sí misma, a perderse en Dios, ganando mucho en este cambio de ser puede llegar a envolverse en la divina esencia, de tal modo, que no se distinga ya de Dios, y que lo conozca, no ya por imágenes, luces o formas creadas, sino en sí mismo.

Tú piensas que lo entiendes cuando le llamas Espíritu

Supremo, Inteligencia purísima, Esencia, Bondad, Poder, Amor, Felicidad....; pero con todo esto está más lejos de comprender a Dios que lo están los cielos de la tierra. Sigue que al llegar al centro de la Divinidad, que es la unidad de todas las cosas, se penetra y se comprende a Dios sin comprenderlo, porque se le comprende de una manera incomprensible; y el alma ya no se distingue de El. Pero tú eres aún incapaz de esta transformación tan maravillosa por la cual el alma, en el abismo de la Divinidad, se transforma en la unidad de Dios perdiéndose a sí misma y confundiéndose con El, no en cuanto a la naturaleza, sino en cuanto a la vida y a las facultades.

Para el alma que entra en la eternidad, ya no hay pasado ni futuro; todo es presente. Para el que se transforma en la unidad de Dios, ya no hay distinción un solo ser, una sola felicidad. Es la gracia de una unión perfecta, inmutable, eterna, es la herencia, la gloria de los bienaventurados.

Durante esta vida mortal, no podéis llegar a estas fuentes de la felicidad: sólo os llegan unas partecitas de ella, apenas algunas gotitas, como prendas de que a aquella gloria estáis predestinados.

Discíp.— Decidme, ioh dulcísima Sabiduría! ¿cuál será la acción del hombre relativamente a Dios ¿Llega a perder sus potencias y sus operaciones?

Sabid.— No; pero cuando el hombre se abisma por completo en la unión con Dios y se hace una sola cosa con El, si bien es cierto que no pierde sus potencias puesto que no ha perdido su naturaleza, también lo es que no obra ya como hombre, pues todo lo ve y todo lo conoce en la unidad infinita.

Los filósofos consideran las cosas como dependientes de su causa natural; mis fieles servidores se elevan más que los filósofos, y las consideran como salidas de Dios, llevan al hombre de nuevo a Dios después de su muerte, si es que su vida se conformó con la voluntad divina y en

este cambio divino, en esta unidad soberana, se consideran a sí mismos juntamente con las demás criaturas, como juntas están todas en la eternidad.

Discíp.— Pues entonces, ¿cómo puede el hombre creerse criatura, si en la eternidad, en Dios, nada hay más que Dios? La misma naturaleza sería a la vez creada e increada.

Sabid.— En esta íntima unión sabe el hombre que es criatura, y que aún cuando no existía era semejante a su idea en Dios, y que no era sino Dios mismo, como lo dijo San Juan: *Lo que ha sido hecho era vida en El.* Yo no digo que el hombre sea criatura en Dios porque Dios no es más que Trinidad y Unidad; pero sí que el hombre existe en Dios de una manera superior e inefable, se hace una cosa con El, conservando al mismo tiempo su ser natural y particular. Este ser no lo pierde, pero lo disfruta divinamente toda vez que nada pierde, y en cambio adquiere lo que no tenía, una existencia divina.

Así verás cómo el alma en Dios permanece siendo criatura, y cómo, una vez que se pierde en este abismo de la Divinidad, no piensa en si es o no es criatura. Ella en Dios recibe su vida, su bien, su felicidad, todo cuanto es y estando así fija e inmóvil en El, cállase y descansa en aquel océano de infinita ventura, no contemplando otra esencia que la divina.

Cuando el alma sabe ver y contemplar a Dios, entonces sale, por decirlo así, de Dios, y se vuelve a encontrar a sí misma en el orden natural. Este conocimiento de Dios es el que se llama *Conocimiento vespertino*, porque por él las criaturas se distinguen de Dios, mientras que en el *Conocimiento matutino* el alma conoce en Dios sin imágenes, sin diversidad, como Dios es en sí mismo.

Discíp.— Dado que no hay relación alguna entre Dios y el alma, ¿cómo puede haber unión?

Sabid.— La esencia del alma se une a la esencia de

Dios, y las potencias y fuerzas del alma a la acción divina
Entonces es cuando el alma conoce que está unida con
Dios el ser infinito que la hace feliz.

Discíp.— ¿Y puede el hombre llegar a esta unión durante esta vida?

Sabid.— Sí; mas no por los esfuerzos de su inteligencia, sino por un rapto divino que saca al alma de la esfera del tiempo.

Discíp.— Y en este estado de rapto, ¿puede pecar?

Sabid.— Si vuelve en sí, podrá pecar, mas no durante la unión, según lo que dijo San Juan: *Todo el que ha nacido de Dios no peca, porque la semilla de Dios permanece en él.*

Discíp.— ¿Y qué hace el alma en una unión tan elevada?

Sabid.— No puede hacer más que una cosa; porque la base de la unión es una sola, como la esencia divina.

Discíp.— ¿Pierde su entendimiento y su voluntad?

Sabid.— No es que los pierda; pero sólo los ejercita bajo el influjo y la acción de Dios.

Discíp.— Entonces, ¿cómo es que el alma se pierde toda en Dios?

Sabid.— Porque no entiende ni quiere más que a Dios; y en esta unión no ve nada creado. No vuelve sobre sí misma, ni se refleja sobre su inteligencia y su voluntad; sino que está como envuelta por completo en el abismo de la Divinidad y allí calla, duerme, descansa con una inefable suavidad. En aquellos momentos es cuando de verdad se puede decir que se pierde toda en Dios, no en cuanto a la naturaleza, sino en cuanto a la propiedad y uso de las potencias, pues ya no puede querer una cosa u otra, y sólo puede desear a Dios.

Esta es la perfecta libertad, el no poder querer más que a Dios, es decir querer siempre el bien y nunca el mal. Por eso dijo San Agustín: *Quitad los bienes particu-*

lares, y fijaos solamente en el Bien en sí: es el Bien supremo al cual nos dirigimos.

CAPITULO XXXIII

La vida del que se abandona en Dios

Discípulo.— Ahora os suplico, Sabiduría suprema, que me digáis cómo vive en este mundo el alma justa que se ha abandonado en Dios, y cómo se conduce en las circunstancias y acontecimientos de la vida.

Sabiduría.— Pues mira; está muerta a sí misma, a sus miserias y a todas las cosas creadas; es humilde con todos, y gustosamente se somete a sus iguales. En el abismo de mi Divinidad entiende lo que debe hacer, recibe todas las cosas como vienen y como Dios las quiere. Vive libremente dentro de la ley, porque cumple siempre mi voluntad por amor y no por temor.

Discíp.— ¿Y los que por esta renuncia de sí mismos llegan a vivir en Dios y en su santa voluntad, tienen que hacer aún exteriormente algunas prácticas espirituales?

Sabid.— Solamente algunos llegan a este estado sin aniquilar sus fuerzas, pues el continuo esfuerzo que tienen que hacer para abandonarse en Dios y mortificarse en todo, agota en seguida todas las energías vitales.

Tú procura evitar este aniquilamiento; sigue los ejercicios y prácticas espirituales ordinarias, y conténtate con saber qué debes y qué no debes hacer.

Discíp.— ¿Qué es, pues, lo que principalmente hace el hombre que se abandona en Dios?

Sabid.— Todo su abandono y toda su acción consisten

en ponerse total y absolutamente en manos de Dios. Allí encuentran un descanso santo y perfecto, porque al abandonarse en Dios, en El se descansa, y descansando así se obra maravillosamente, toda vez que el abandono en Dios es un acto de amor puro y de virtud perfecta.

Discíp.— ¿Y cómo hablan y se conducen con sus prójimos?

Sabid.— Viven familiarmente con todos los hombres, pero sin grabar mucho en sí la imagen ni el recuerdo de ellos. Los aman como si dijéramos sin apego, sin amor y se compadecen de sus trabajos sin ansiedades, sin inquietudes.

Discíp.— Ya que viven exterior e interiormente con tanta pureza, ¿no necesitarán confesarse?

Sabid.— Sabe que es mucho más excelente la confesión que se hace por amor de Dios, que la que se hace para obtener el perdón de las culpas.

Discíp.— ¿Cómo oran estas almas y cómo ofrecen a Dios sus oraciones?

Sabid.— Su oración es eficacísima, porque como Dios es espíritu, la oración tiene que proceder del espíritu. Desde luego examinan cuidadosamente si en su interior hay algo que las separe de Dios, imaginaciones, apariencias de apego a las personas o las cosas, algún sentimiento que sea obstáculo para acercarse a Dios... Después de así examinadas, se expropian, se despojan de toda imagen y de toda afición humana, y ofrecen sus oraciones puras, olvidándose de sí mismas, para no pensar más que en la gloria de Dios y en la salvación de las almas.

Todas sus facultades superiores están inundadas de una luz divina que les certifica que Dios es su vida, su esencia y todo su bien; que Dios obra en ellas de tal modo, que son, no ya simplemente unos instrumentos suyos, sino también sus adoradores y sus cooperadores.

Discíp.— ¿Y comen y duermen?

Sabid.— Exteriormente sí, comen y duermen y satisfacen todas las necesidades de la vida ordinaria de los hombres; pero interiormente no saben si comen o si duermen, ni ponen cuidado ninguno en lo que a las necesidades de la vida se refiere. De no ser así, sucedería que gozarían con los manjares y hallarían descanso en la parte baja y animal de su ser.

Discíp.— ¿Y cómo conversan con los hombres?

Discíp.— Prescinden de formalidades y de usos: hablan siempre poco y con gran sencillez. Su conversación es cariñosa y todo lo dicen sin afectación, conservando la tranquilidad y la paz de sus sentidos.

Discíp.— ¿Todos vuestros siervos están igualmente desprendidos de sí mismos? ¿No les sucede también a veces que se apartan de la verdad y que siguen opiniones falsas?

Sabid.— En eso del desprendimiento hay sus grados, pero todos convienen en lo esencial.

Las opiniones comunes las tienen cuando se descuidan y decaen; pero cuando se elevan sobre sí mismos, viven en la plenitud de la ciencia sin equivocarse nunca, porque viven en Dios, que es la Suprema Verdad. Mas entonces no se atribuyen nada a sí mismos, sino a Dios de quien todo les viene.

Discíp.— ¿De qué depende el que mientras unos sufren grandes congojas y apreturas de conciencia, viven otros con gran calma y seguridad?

Sabid.— Pende todo de que ni los unos ni los otros se han desprendido completamente de sí mismos. A los unos les queda aún el apego espiritual, y sufren el tormento que da el no haber puesto ese espíritu en manos de Dios a otros les queda el apego al cuerpo, y éstos tienen que aflojar en su vida espiritual para satisfacer las exigencias del cuerpo.

Solamente el que después de abandonarse en Dios no

vuelve a buscarse a sí mismo, es el que disfruta de una vida del todo tranquila e inalterable.

Y baste, querido mío, con lo que te he dicho. A estas verdades ocultas no se llega estudiando y preguntando, sino renunciando humildemente a sí mismo y abandonándose en Dios.

TRATADO
DE LA UNION
DEL ALMA CON DIOS

Instrucciones a un alma piadosa

Prólogo

*Hace poco publicamos en lengua española el famosísimo **Libro de la Eterna Sabiduría**, del Bto. Enrique Su-són bajo el título de **Suspiros de Amor**. Un año después hubo necesidad de repetir la edición, y a estas fechas se cuentan ya por millares las personas piadosas que han agradecido de palabra o por escrito, o al menos en su corazón, este pequeño servicio, y deben, con la gracia de Dios, al Bto. Enrique, no pocos consuelos y esfuerzos y actos de cristiana resignación y días de religiosa felicidad.*

*Con la única mira de ayudar a servir a Dios a las personas de buena voluntad, hemos vuelto a la tarea de la traducción y hoy bajo el epígrafe que encabeza este pequeño volumen, te ofrecemos, amado lector, otras tres joyas riquísimas del mismo Santo: **Tratado de la Unión del Alma con Dios**; **Coloquio Espiritual de las Nueve Roscas**, y unas tiernísimas y devotísimas **Meditaciones sobre la Pasión del Salvador**.*

No cabe presentación ni elogio de estas pocas y pequeñas páginas que no sea para rebajarlas y entibiar el calidísimo fervor de sacrificio y de amor que en ellas puso el Bto. Enrique, el sufridor y ardoroso enamorado de la Divina Sabiduría, Cristo Jesús. Sólo cabe poner el librito en tus manos, y luego ver cómo sientes, cómo sufres, cómo te alegras y cómo amas a Dios con todo tu corazón y sobre todas las cosas.

Fr. S. Messeguer, O.P.

TRATADO DE LA UNION DEL ALMA CON DIOS

Instrucciones a una alma piadosa

CAPITULO I

La vida interior

Después de haberte ejercitado en las prácticas de la vida activa, debes aplicarte ahora a las cosas interiores que atañen más directamente a tu salvación. Tus comienzos estarán llenos de forma e imágenes sensibles, y serán una trama de actos característicos por los que inician su vida interior todos los principiantes.

Sigue mis consejos, hija mía. Pienso que tienes ya bríos y alas más que suficientes para emprender este gran vuelo. Abandona el nido de las cosas corporales; pon en actividad tus potencias más elevadas, y remonta tu vuelo hasta las grandes alturas de la contemplación, en la que se encuentra todo el perfeccionamiento de nuestra alma.

¿No ves claramente que la vida activa no es más que un desierto que hay que atravesar forzosamente para llegar a poseer esta tierra prometida que mama leche y miel en abundancia, para obtener aquella pureza, aquella paz

del corazón que es un adelanto de las dulzuras inefables de la vida bienaventurada?

Para subir a esta región luminosa de la contemplación deberás empezar por purificar tu entendimiento. Tienes que encaminar todos tus pensamientos a procurar el honor y gloria de Dios, el triunfo de la Iglesia Católica, la paz y salvación de todos los hombres. Tienes que vivir en la mayor humildad, en un absoluto retiro, para que nunca puedas molestar a nadie en lo más mínimo con tus palabras ni con tus acciones. Esta es la norma de una religiosidad bien entendida, y de una prudencia santa en todo conforme con la naturaleza, con la razón, con el espíritu y con el corazón.

El alma que se atiene a esta norma es merecedora de toda alabanza y vive siempre interiormente iluminada por los rayos ardorosos y esplendorosos de la Verdad Divina es un hermoso cielo adornado de hermosas y resplandecientes estrellas.

Cuando un corazón vive esclavo de sí mismo, falta a la sumisión que debe a su Dios. Es muy hermoso y muy plausible el querer elevarse a la contemplación y profundizar los grandes misterios de Dios; pero el amor propio aviva siempre la rebeldía de nuestra naturaleza, y la hace obedecer a sus propias pasiones. La luz que brilla fuera de nuestra alma es una luz falsa que no ilumina el corazón y sin embargo, los que la poseen desprecian fácilmente a los demás: no se parecen en nada a Jesucristo, y con todo creen que saben mucho acerca de las cosas espirituales.

Apícate, hija mía, al estudio de la vida interior. Mira que ésta consiste principalmente en una perfecta renuncia de ti, y en un completo aniquilamiento del alma en Dios. Es la unión íntima del alma con la Esencia Divina.

Este aniquilamiento puede ser de tres clases:

Consiste el uno en perder nuestra esencia y nuestra

naturaleza de tal modo que nada quede de nuestro ser, el cual desaparece como una sombra fugitiva. El alma no puede llegar a tal aniquilación, puesto caso que no es como el cuerpo que se reduce a polvo, sino que está creada a imagen de Dios y de su divina eternidad. El alma tiene una naturaleza racional y facultades superiores que la hacen semejante a su Creador.

El segundo aniquilamiento es una especie de arroamiento que tiene lugar dentro del tiempo y del espacio, y que lo experimentan las almas cuando por una muy subida contemplación llegan a penetrar en la esencia divina. Tal fue la visión en que San Pablo fue arrebatado sobre sí mismo, sobre toda imagen sensible. Pero este estado es solamente pasajero y dura muy poco. Cuando San Pablo volvió en sí, se encontró con que era el mismo, la misma persona con la misma esencia.

El tercero es un aniquilamiento moral de todos nuestros pensamientos y afectos, una especie de infinito abandono en Dios, por el cual el alma se renuncia a sí misma y se entrega a El de tal modo, que ya para sí no tiene entendimiento ni voluntad, sino que siempre y en todo obedece a la voluntad de Dios, que sin que ella lo note, la guía y la gobierna.

Este aniquilamiento no puede ser eterno en esta vida, como es claro; ni tampoco tan absoluto y tan perfecto que el hombre no vuelva a las veces sobre sí, y su propia debilidad no le haga volver a hacerse cargo de lo que antes renunció. Es muy hermoso el acto de entregarse al Señor con toda sinceridad y con toda verdad, con el propósito firme de no volver el alma a preocuparse de sí, puesto que ya no se pertenece, ya que se ha abandonado, se ha dado, se ha aniquilado en su Dios y en su santísima voluntad. Con todo, el alma, impelida por su propia flaqueza de cuando en cuando vuelve a sus antiguos deseos a mandar de su voluntad, y a desfallecer en la perseveran-

cia de aquel acto sublime de entrega de sí misma que hizo en manos de su Dios.

Cuando el espíritu advierte su desfallecimiento, se entristece, llora, gime, suspira, lamenta su propia inestabilidad en el bien, reconoce su miseria, se humilla profundamente ante Dios, vuelve a desprenderse de sí mismo afianzándose esta vez en sincerísimos propósitos de perseverancia, y muere a sí mismo para transformarse en Dios, y no ofenderle jamás.

Cuántas veces cae, otras tantas se levanta arrepintiéndose y volviendo al Señor, el cual lo recibe siempre con misericordia, lo une a sí por el amor y lo restituye a su primer estado y condición. De esta manera el alma se encuentra del todo cambiada y transformada en Dios que es para ella *Omnia in omnibus*, todo en todas las cosas.

CAPITULO II

Reglas de la vida interior

Para que aproveches más en la vida unitiva, quiero darte algunas reglas espirituales que serán de mucha utilidad para tu espíritu y para tu corazón. Con ellas te será más fácil ir desprendiéndote de la grosería de los sentidos, y elevarte rápidamente hacia las regiones de tu suprema felicidad.

Por muy espiritual y muy interior que sea tu vida y tu modo de ser, nunca lo manifiestes ni salgas fuera de ti misma por tus conversaciones, tus actos o tu modo de proceder. Procura estar cada día más reconcentrada en ti, y déjate ver solamente, no cuando lo pida la vanidad, sino cuando lo exija la verdad.

Nunca te preocunes, suédate lo que te sucede, nunca te preocunes demasiado de los muchos auxilios del cielo que necesitarás para salir airosa, ni este pensamiento te sea motivo de turbulencias exageradas de tu espíritu. Cuando más nos apuramos nosotros por salir de los grandes aprietos, entonces es cuando menos hace por nosotros la Verdad y la mano de Dios.

Cuando estés con otras personas, procura borrar pronto de tu espíritu cuanto vieres u oyeres. Recógete en seguida dentro de ti misma, para que así perseveres siempre en la presencia de Dios que esté siempre contigo. Esto es muy fácil para las almas que de verdad aman a Dios.

Cuida de que sea la razón, y no los sentidos, quien dirija todas tus acciones y quien en todas ellas salga vencedora. Cuando el espíritu está supeditado a los sentidos, nuestro corazón es capaz de todos los males.

Evita con precaución el verte arrastrada por el placer, y que la propia satisfacción te lleve a seguir el dictado de los sentidos Sólo Dios y la Verdad ha de ser el centro de todos tus consuelos.

Dios no quiere vernos privados de toda clase de consuelos; pero sí quiere ser El, con la pureza y ternura infinitas de sus inefables abrazos, la única fuente de todos ellos.

Ten seguro que una sumisión sincera a la voluntad de Dios, que nazca en ti de una profunda humildad, el desprecio de ti misma, y el exacto conocimiento de todas tus miserias, han de ser las alas con que te has de remontar hasta la cumbre de la unión perfecta con el Señor.

Toda persona que quiera vivir en recogimiento, dentro de sí misma, ha de huir de la multitud de cosas, la diversidad de pareceres que disipan el espíritu, y ha de renunciar para siempre a todo lo que no sea Dios, que es nuestro bien único. Sólo una cosa es necesaria, decía Nuestro Señor Jesucristo a María Magdalena:

Toda alma que busca descanso en los sentidos, y pretende encontrar en ellos su propia satisfacción, no encontrará más que fatigas, dolores, inquietudes de espíritu y tinieblas de entendimiento.

La mayor de las felicidades consiste en estar íntimamente unido con Dios, y dejarse guiar por El en todas las cosas.

La vida verdadera de un alma que se ha renunciado en manos de Dios consiste en morir a sí misma.

Cuando te aficionas a alguna cosa criada y la amas y tu corazón siente interés por ella, entonces no amas lo substancial y lo que vale, sino lo accidental y caduco; amas una cosa falsa, no una cosa verdadera.

No conviene nunca rehuir las imágenes de cosas santas; basta esperar que ellas cesen por sí mismas; pues casi siempre estas imaginaciones piadosas y santas brotan espontáneamente del fondo del alma, y en este caso nuestro amor no se refiere a ellas, sino a las virtudes cristianas que ellas atesoran.

Cuando más nos abandonamos a nosotros mismos y a todas las cosas criadas, tanto más nos unimos a Dios.

Todo el que saliere de sí mismo y de su vida interior desordenadamente, encontrará el dolor en todas las cosas de la vida; así en las prósperas como en las adversas.

Si quieres ser de gran utilidad para todo el mundo, aparta tu corazón de las criaturas y entrégate resueltamente a Dios.

En todas las dificultades de la vida acógete en seguida al Señor, y verás como todo se te hace fácil.

Mira siempre por ti, y teme echar en olvido tus santos propósitos y los ejemplos de la Vida de Jesucristo.

Nuestra naturaleza es muy egoísta y mira mucho por sí; y es preciso mortificarla y dominarla siempre por amor de Dios.

Cuida siempre de conservar tu corazón limpio y libre

de toda imaginación, de todo pensamiento, de todo afecto y de todo recuerdo de las cosas de esta vida; hazte cuenta que estás sola en el mundo, y entonces podrás decir al Señor: ¡Señor mío, y Dios mío! por mucho que haga, jamás podré llegar a ser para Vos lo que Vos sois para mí.

CAPITULO III

La abnegación de la vida interior

La inmensa mayoría de los hombres tienen un natural indócil, rebelde y necesitado de frenos y castigos. Les gusta vivir siempre fuera de sí mismo, y apenas reparan en los grandes peligros de pecar a que se exponen. Y la verdad es que nada de cuanto nos rodea fortalece el espíritu en los momentos de tribulación y de prueba como el recogerse dentro de sí. Está siempre alerta porque todo desorden trae consigo otro desorden.

Nunca te dejes arrastrar por los desordenados apetitos de la naturaleza, y haz que tu porte exterior corresponda siempre a tu vida interior, que es la que debes fomentar con todo empeño y perseverancia, toda vez que de ella dimana el orden y la armonía exterior.

El que total y perfectamente se ha abandonado en Dios, necesita tener siempre enfrenada la naturaleza para que nunca exceda sus propios límites. Ya sé que muchas veces te apenas porque en las vicisitudes de tu vida activa no te encuentras con la suficiente resignación y paciencia; pero no hay que desesperar, pues será de mayor mérito el verte de tal manera mortificada y forzada a ejecutar lo que no es de tu agrado.

El amor de los bienes fugitivos y caducos de este mun-

do, es el origen de todo vicio y de todas las cegueras que extravián. Al revés: la muerte de los sentidos es la fuente de la luz y de la verdad.

Cuando las potencias del alma pierden su propia actividad y los sentidos del cuerpo llegan a estar purificados, es cuando nuestras facultades superiores adquieren toda su nobleza, porque vuelven a su principio que es Dios.

La esencia y todas las actividades de nuestra alma deben encaminarse a un solo objeto, que es agradar al Señor, conformarse con la Verdad Eterna; y para esto nada ta provechoso como abismarse en la unión con la naturaleza divina que es purísima y simplicísima.

Hay muchos que a pesar de sentir en su interior el llamamiento de la divina gracia, no obedecen a sus inspiraciones, por la sencilla razón de que su interior y su exterior no andan concordes.

El libre albedrío es el que sujeta y domina la naturaleza. Por esto, cuanto más nos distraemos por medio de los sentidos, mas nos alejamos de Dios. En cambio, cuanto más nos reconcentramos en nuestro interior, más nos acercamos a El y más le agradamos.

El hombre a quien la gracia del Señor ilumina, gobierna siempre sus sentidos con gran cautela y prudencia, obtiene de ellos los mayores servicios y ventajas posibles en provecho de su alma.

El que mortifica la naturaleza y la tiene dominada según la Verdad, dispone de ella como le place, con suma facilidad, y la obliga a practicar con rectitud y sin desmayos las obras y ejercicios exteriores. Pero el que derrama su corazón sobre las cosas temporales, nunca llegará a hacer cosa de provecho.

Los tres elementos de perfección y riqueza de nuestra naturaleza son la pureza, la inteligencia y la virtud.

Con frecuencia sucede que las mismas contribuyan a que el hombre se una a Dios con más santidad y con más

amor, y esto lo hacen privándole de la felicidad y de los consuelos humanos.

El deseo del bien es el que impele al hombre a querer lo que está prohibido y a dejarse arrastrar de costumbres pecaminosas y sin embargo, la verdadera felicidad se encuentra solamente abandonándose a Dios: nunca en la posesión de los bienes mundanos que amamos y deseamos.

No es de extrañar que a veces se apodere del alma una tristeza exagerada, pues no cuidaos lo bastante de nuestro corazón para que no se deje dominar de ella.

El verse llenos de oprobios es el gran triunfo de los amigos de Dios.

Vive siempre e tu interior: y piensa que muchas cosas que no son más que excitantes de la naturaleza, necesidades ficticias, se presentan como verdaderas e imprescindibles necesidades.

Es un defecto grave el empezar muchas cosas, y no dar cabo a ninguna. Hay que perseverar siempre en la obra empezada, con rectitud y según la voluntad divina.

Procura en todas las cosas obrar con desinterés y pureza de intención, y para esto evita los motivos y razones extrínsecos y engañosos.

CAPITULO IV

Del alma que se abandona en Dios

El alma que verdaderamente se abandona en Dios debe atenerse siempre a estos principios:

1.º Conducirse con gravedad, modestia y precaución, procurando obrar con sencillez y naturalidad.

2.º Tener en calma perfecta los sentidos, evitando el bullicio, las noticias y habladurías de los hombres; porque una persona siempre ávida de saber y discutir cuanto se dice y cuanto se hace, no podrá jamás verse libre de ilusiones, de imaginaciones de cosas mundanas, ni disfrutará de aquellos sentidos interiores que nunca llegan a ser turbados por vanas y locas fantasías.

3.º No apasionarse por ninguna cosa de esta vida, porque debe estar convencida de que fuera de Dios no se encuentra más que vanidad y naderías.

4.º No murmurará ni hablará contra nadie sino que estará siempre atenta y afectuosa para con todos, principalmente para con aquellos de quienes el Señor se vale para probarnos.

Sé firme, constante y siempre interior, de modo que, al ejecutar alguna obra exterior, nunca salgas de ti misma.

Examina detenidamente tu corazón, y mira si la amistad que tienes, aun a personas virtuosas, proviene de afec- tos o complacencias sensibles, o más bien de otro principio más puro y más espiritual.

No te des demasiado a nadie, que el que se prodiga demasiado, de ordinario no suele agradar.

Permanece en ti misma, haz siempre vida interior, si es que no quieres extraviarte, como les sucede a muchos, por falta de recogimiento.

¡Qué feliz es el que habla poco! Las palabras son causa de los vaivenes obscuridades y turbaciones interiores. Enciérrate en ti misma y no salgas de ahí sin verdadero motivo. Fuera no encontrarás sino disgustos y pésares.

Hay muchos que ayudados de una gracia sensible obran el bien en el tiempo de la prosperidad y en el tiempo de la prueba; pero no es posible conducirse de este modo a los que en todo se buscan a sí mismos.

Nuestros actos no son del todo perfectos si no es cuan-

do están basados en la sumisión, en la humildad, y en el abandono de nosotros mismos.

Jesucristo completó la gran obra de nuestra redención precisamente cuando, pendiente de la Cruz, se abandonó en manos de su Padre, diciendo: *Padre mío: en tus manos encomiendo mi espíritu*; y añadió después: *Todo está acabado*.

El hombre imperfecto que oye la voz de su corazón, descubre al Señor muy lejos de sí, y al demonio muy cerca. Renúnciate a ti misma, entrégate totalmente a Dios, y verás cómo cambian las cosas.

El que desea vivir una vida tranquila, lo mismo recibe la felicidad que la desventura; y e la una y en la otra siempre está unido a Dios.

Siempre es preferible añadir la devoción exterior cuando se poseen ambas, el hombre se despegá más de sí mismo y busca a Dios con el espíritu y con el cuerpo.

Muchos buscan con ansiedad los placeres intelectuales; pero son muy pocos los verdaderamente sencillos y piadosos de corazón. Los primeros se proponen conocer la ciencia; los últimos, unirse a Dios y perderse en El, desembarazándose de todas las cosas de la tierra.

Para ganarlo todo es necesario aniquilarse delante de Dios y despegarse de sí y de toda criatura. ¡Dichosa el alma que empieza este camino y persevera en él!, porque le será muy fácil elevarse a las cosas del Cielo.

Sufre con paciencia y resignación el pecado de nuestros primeros padres y los dolores y penalidades que de él se nos han seguido: sólo el hombre verdaderamente resignado es valiente en presencia de la adversidad.

Los que se quejan de las tristezas y amarguras de la vida, dan una prueba más de su imperfección, porque con esto dan a entender que son esclavos de una libertad desordenada que los tiene apegados a sí mismos y a sus propios deseos.